

JUNIO 2021

TENGO SED DE TÚ

EDICIÓN Nº 07

Amantes del Corazón de Jesús
en el Evangelio.

✿ *"Mas oyendo Jesús".*

¡Dios está allí!

✿ *"...Y María escuchaba
la Palabra de Él".*

Santa María Micaela
del Santísimo Sacramento.

✿ *"Yo soy el Pan de Vida".*

**"La Eucaristía es el gran acierto de Dios,
la gran acomodación de Dios al hombre".**

(P. Molina)

SUMARIO

- 
- ✠ **P. Rodrigo Molina,
un enamorado de la Eucaristía** 3
 - ✠ «*¡Señor mío y Dios mío!*» (Jn 20, 28).
**Oración de Santo Tomás de Aquino
(para después de recibir la Comunión)** 4
 - ✠ *Mas oyendo Jesús...* (Mt 9,12).
**Una queja del Corazón de Jesús en la
Eucaristía** 5
 - ✠ «*...Y María escuchaba la Palabra de Él*»
(Lc 10,39).
La Solemnidad del Corpus Christi 7
 - ✠ «*Yo soy el Pan de Vida*» (Jn 6, 48).
**Santa María Micaela del Santísimo
Sacramento** 9
 - ✠ «*Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios
a su Hijo, nacido de Mujer*» (Ga 4, 4).
**De la Devoción a María, Reina del
Cenáculo** 11
 - ✠ «*Esto es mi Cuerpo*» (Mt 26, 26).
La Solemnidad del Corpus Christi 13
 - ✠ «*El Maestro está aquí*» (Lc 10,38).
**Milagros, prodigios y gracias
eucarísticas. El Milagro de Lanciano** 14

P. Rodrigo Molina

un enamorado de la Eucaristía

El P. Rodrigo Molina fue un enamorado de la Eucaristía y gran propagador de la Solemnidad del Corpus Christi. Gozaba cuando veía a Jesús llevado por las calles, objeto de la adoración y veneración del pueblo sencillo.

Sabía que la Eucaristía es lo más opuesto a ese “Dios me ha olvidado, Dios no se acuerda de nosotros”. La Solemnidad del Corpus Christi es prueba evidente de que Él quiere caminar por nuestras calzadas, acompañarnos en nuestros dolores, en nuestros trabajos y también en nuestras alegrías. No olvidemos nosotros a Jesús. Que nuestro deseo sea estar con Él, visitándolo y recibiendo con frecuencia. Que la dimensión eucarística de nuestra vida sea la más importante: Dios amándome y yo amándolo.

Escribía el P. Molina:

«Cascada de fiestas, brote incontenible triunfal: Resurrección, alegría primaveral; Ascensión, triunfo imparables; ¡Venida del Espíritu Santo, el Defensor!; Santísima Trinidad, el Océano sin límite de Bondad; Corpus Christi, Dios ya para siempre entre nosotros y con nosotros.

Por ti, el Dios omnipotente del Cielo, se hace el Dios mudo del Altar.

Por ti, el Dios creador del Universo, se hace el Dios Redentor-disponible del Sagrario.

Por ti, el Dios Dueño y Señor de todo, se hace el Dios esclavo y atado bajo el Pan Eucarístico.

El amor de Dios al hombre no tiene nada de epifánico ni temporal. Míralo. ¡Qué largo, trabajoso y doloroso es su caminar con nosotros en veinte siglos de Eucaristía! Fatigado, me busca ansiosamente, incesantemente, manteniendo siempre su ofrecimiento generoso, íntegro.

La Eucaristía es Dios cercano: lo infinito encerrado en lo finito, lo santo puesto en lo pecador. Es Dios adaptado a mi debilidad para facilitarme mi acceso a Él. Es Dios pidiéndome a gritos un amor confiado sin límites en Él. La Eucaristía es proclama transparente de que la voluntad divina de amarme



está por encima de todo. Es el “*los amaré sin que se lo merezcan*” del profeta Oseas. Es corona del amor de Dios, el último acto de su amor creador que supera toda imaginación humana.

Se acabó la sensación de soledad, de marginación, de angustia ante el sin sentido de la vida. Tienes a ALGUIEN con quien puedes contar. En la Eucaristía Dios te espera para sacarte de tu miseria, de tu esclavitud, de tu deshonra, de tu quiebra, de tu infelicidad, de tu dolor, de tu muerte... En la Eucaristía Dios te espera para colmarto de felicidad superabundante, de gozo profundo.

Contempla a Dios en la Eucaristía hasta que lo entiendas, hasta que lo asimiles, hasta que te identifiques con Él, hasta hacerte un uno con Él. Ansias de su presencia eucarística, eso debes ser tú».

Señor mío y Dios mío (Jn 20,28)

¡Gracias, Dios mío!

*Oración de Santo Tomas de Aquino
(para después de recibir la Comunión)*

Gracias te doy, Señor, Padre Santo, omnipotente y eterno Dios, porque te has dignado saciarme a mí, pecador e indigno siervo tuyo, sin mérito alguno, sino por tu sola misericordia, con la participación del sacratísimo Cuerpo y Sangre de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo.

Te suplico que esta Sagrada Comunión no sea para mí motivo de castigo, sino que me auxilie para conseguir el perdón. Sea armadura de mi fe, escudo de mi buena voluntad, muerte de todos los vicios, exterminio de todos mis carnales

apetitos, aumento de caridad, de paciencia, humildad, obediencia y de todas las virtudes. Sea perfecto sosiego de mi cuerpo y de mi espíritu, firme defensa contra todos mis enemigos visibles e invisibles, perpetua unión contigo, único y verdadero Dios, y sello feliz de mi dichosa muerte.

Te ruego que tengas por bien llevar a este pecador a aquel convite inefable, donde Tú con tu Hijo y el Espíritu Santo, eres para tus santos luz verdadera, satisfacción cumplida, gozo perdurable, dicha consumada y felicidad perfecta. Por el mismo Cristo nuestro Señor. Amén.

Mas oyendo Jesús (Mt 9, 12)

Una queja del Corazón de Jesús en la Eucaristía

El Obispo del sagrario abandonado, San Manuel González, en su libro “Qué hace y qué dice el Corazón de Jesús en el Sagrario”, nos acerca una queja del Corazón de Jesús en la Eucaristía:

«Quiero depositar una queja que mi Corazón tiene con no pocos de los que me sirven y andan conmigo:

El Evangelio, poco tenido en cuenta. ¡Hacen tan poco caso de mi Evangelio! Lo leen, es verdad; lo creen, algunos hasta lo meditan, pero... te repito, ¡hacen tan poco caso de lo que leen, creen y meditan!

Unas veces salen con que aquello que digo o hago es solo para que se lo apliquen los pecadores empedernidos o las almas de elección; otras, que aquellos eran otros hombres y otros tiempos... Y así mi Evangelio no acaba de entrar en la vida y en la piedad de muchos hijos míos.

¿Te extraña esta mi queja? ¿No habías parado mientes en esa falta de Evangelio, no ya de los impíos, como es natural, ni aun de los cristianos indiferentes, sino de las almas piadosas? Pues, tan justa es mi queja como cierto el motivo que la produce.

Después de la claridad con que hablé en mi Evangelio, de la paciencia con que respondí una y muchas veces las dudas de buena fe de mis discípulos y hasta las de mala fe de mis enemigos...; después de haber enviado al Espíritu Santo...; después de constituir mi Iglesia infalible para que repitiera siglos tras siglos mi palabra al mundo...; después de haberme quedado Yo mismo en el Sagrario para seguir haciendo y diciendo mi Evangelio... Todavía me encuentro con que los hombres



El Sagrado Corazón de Jesús presenta la Eucaristía (Escuela alemana, Siglo XIX)



del mundo, ¿qué digo del mundo?, ¿de mi casa y de mi fe!, siguen teniendo parálisis del cuerpo y del alma sin traérmelos al Sagrario para que se los cure; deseando ser servidos y no servir, despreciando el hacerse niños, como Yo me hice y me sigo haciendo en mi vida de Eucaristía.

¡Me da una pena el ver a los que amo andando a tientas como si estuvieran a oscuras, mendigos de luz, de medicina, de consuelo, de cariño, de solución, teniendo mi Evangelio a un lado y mi Sagrario al frente!

¿Verdad que eso no debía ser? ¿Verdad que es justa, justísima mi queja del Evangelio? Si mi Evangelio es la verdad de ayer y de hoy y de siempre, ¿por qué no lo creéis? Y, si lo creéis, ¿por qué no os acabáis de fiar de él?».

Las almas amantes del Corazón de Jesús en la Eucaristía debemos ser almas de Evangelio: de un Evangelio, leído, meditado, interiorizado y vivido. No debemos “arrancar páginas” al Evangelio y leer solo aquello que nos conviene... Todo es palabra de Dios y enseñanza de Jesús para darnos la Vida Eterna.

Hay páginas duras, ¿quién lo duda?, tales como *“quien no carga su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo”, “el que no deja padre y madre, no es digno de mí”, “el que pierda su vida por causa de Mí, la hallará”*..., pero en todas estas palabras se contiene la luz que necesitamos para caminar en nuestra vida y para llegar, un día, al Cielo. ¡Creamos a Jesús, hagamos caso a su Evangelio, vivamos sus enseñanzas! Y Jesús nos dará lo que desea nuestro corazón (Sal 37,4).

La Solemnidad del Corpus Christi



(Reflexión de San Pedro Julián Eymard)

«“Éste es el día que hizo el Señor” (Sal 118, 24)

La Solemnidad que la Iglesia intitula del Santísimo Cuerpo de Jesucristo es el único día consagrado a honrar exclusivamente su Persona adorable y su Presencia real y viva entre nosotros. Las demás fiestas celebran algún misterio de su vida pasada: son hermosas y honran a Dios, y son muy fecundas en gracias para nosotros. Con todo, no son más que un recuerdo, un aniversario de un pasado ya lejano que no revive sino en nuestra piedad. El Salvador no está ya en estos misterios; los realizó una vez, y después... ya solo permanece su gracia. Mas aquí hay un misterio actual: la fiesta está ordenada a la Persona viva de nuestro adorable Salvador, que se halla presente entre nosotros. Por eso se celebra de una manera particular. En ella no se exponen reliquias, o emblemas del pasado, sino al mismo que es objeto de la fiesta, que es algo actualmente vivo. ¡Dios está allí!

Es también la fiesta más amable. Nosotros no hemos presenciado todos esos misterios de la vida y muerte del Salvador que celebramos en el transcurso del año. Mas aquí nosotros mismos participamos del misterio; se realiza a nuestra vista: este misterio es para nosotros; y entre Jesús viviendo en el santísimo Sacramento, y nosotros viviendo en medio del mundo, hay cierta relación de vida, hay una relación de cuerpo a cuerpo; por eso esta fiesta no se denomina simplemente fiesta de Nuestro Señor, sino fiesta del Cuerpo de Nuestro Señor. Por este Cuerpo nos ponemos en contacto inmediato con Jesucristo, que se convierte en nuestro alimento, que se hace nuestro hermano y nuestro huésped.

Jesucristo deseó este día tan especial para acercarse todavía más a nosotros, a manera de un padre que espera a que su hijo le felicite en sus días de fiesta para demostrarle más vivamente su amor paternal y concederle algún favor especial.

Y María escuchaba la
palabra de Él (Jc. 10, 39)

La Solemnidad del Corpus es la mayor festividad de la Iglesia (...) Jesucristo se halla con su Iglesia y está vivo en el Sacramento (...). En fin, esta fiesta es la de nosotros los adoradores del Santísimo Sacramento. Prolongar esta fiesta durante todo el año..., he aquí la norma de nuestra vida y de nuestra felicidad (...). Por lo demás, cuando comulgáis, ¿no celebráis en vuestros corazones una verdadera fiesta del Corpus? ¡Ah!, bien sabéis qué alegría y qué felicidad trae consigo Jesús...; hasta me atrevería a decir que para las almas que saben comulgar no hay más que una fiesta: ¡comulgar! Hallan aquí al que es objeto de todos los misterios, a Aquél que los ha consumado y en cuyo honor se celebran, en tanto que la mayor parte de los cristianos no tienen de ello sino un vago recuerdo.

Aún más: si nuestro señor Jesucristo no viviera en su sacramento, todas las fiestas cristianas no serían otra cosa que funerales repetidos. Pero la Eucaristía es el sol de las fiestas de la Iglesia; las ilumina y les comunica vida y animación.

Vivir en sí mismo con Jesús, en Jesús, de Jesús y por Jesús, es transformarse en un tabernáculo y en un precioso copón. ¡Oh, qué grande es la alegría de esas almas, alegría pura e inalterable!

(...) Lo que deseo y anhelo de vosotros en este hermoso día, no es que seáis grandes santos cargados de virtudes magníficas y extraordinarias —¿cuándo lo seríais?—, sino que seáis felices en el servicio de Dios, y también que Nuestro Señor Jesucristo se comunique a vosotros más tierna y afectuosamente. Sintiendoos más amados, haréis de vosotros una entrega más completa y el resultado de estos dos amores será la unión perfecta. En esto estriba la santidad y la perfección; pedid confiadamente a Jesucristo que os haga llegar a este estado. Dadle vuestro corazón todo entero. Jesús es un padre tierno y cariñoso y es necesario que vosotros seáis para con Él hijos amantes: Jesús es un amigo afectuoso...; gustad su amor. Tiemblo, ¡ay!, por la salvación del que no ha probado nunca la bondad de Dios. ¡Introducidos y penetrad en esta bondad inmensa!»



Almas eucarísticas

San Santa
María Micaela
del Santísimo
Sacramento (1809-1865).

Micaela Desmaisières y López de Dicastillo era hija de un aristócrata y valiente militar español que en 1809 combatía las tropas de Napoleón que habían invadido España. Su madre, Bernarda, era camarera de la Reina María Luisa de Parma. Austera, Bernarda educó a sus hijos a la usanza de las grandes familias de antaño. Por eso quiso que su hija, a pesar de ser aristócrata, aprendiera a cocinar, planchar y ocuparse de los quehaceres domésticos. Bernarda legó además a su hija el hábito de permanecer entre dos y tres horas en la Iglesia, lo que Micaela hacía “embebida en tiernos afectos”.

Desde muy joven destacó Micaela por un marcado amor a la Eucaristía y una generosa entrega para ayudar a los más necesitados. Solía visitar a los enfermos y cosía para vestir a los pobres. Reunía también en casa a niñas pobres para enseñarles la doctrina católica. Absorta en sus devociones y obras de caridad, Micaela llegó a los treinta años sin pensar en el matrimonio.

En su visita a los hospitales de Madrid, encontraba a muchas mujeres que, después de llevar una vida disoluta, sufrían las consecuencias de sus extravíos. Por eso le vino la idea de fundar una casa de refugio para ayudar a aquellas pobres mujeres, que muchas veces se dedicaban a la mala vida por necesidad. Y lo hizo aprovechando la fortuna que tenía. Gastó todo lo que tenía en establecer la casa y mantenerla.



«Yo soy el Pan de Vida» (Jn 6, 48)

Como era una señorita de la alta sociedad, tenía que mantener muchos compromisos sociales. Ella misma nos cuenta como pasaba sus días: *“La mañana, en obras de caridad; el resto del día, en convites, paseo a caballo o en coche, y por la noche, al teatro, tertulias y baile. Añádase a esto el excesivo lujo y regalo en la mesa”*. Eso, que podría ser una vida de disipación, para ella era ocasión de sacrificios. Pues, bajo los ricos vestidos de seda, llevaba rudos cilicios y en el teatro miraba el escenario con anteojos sin vidrios. Además, nunca descuidó su vida de piedad. Asistía a la Santa Misa siempre que podía y visitaba a Jesús sacramentado con frecuencia.

Su obra para la regeneración de mujeres de mala vida iba progresando. El local se ampliaba y el número de las muchachas recogidas crecía. Muchas personas pensaban que esta obra no era apropiada para una señorita y Micaela fue muy criticada por ello. Al palacio real llegó la noticia de que ella “enloqueció”. La Reina Isabel II deseaba verla para saber si era verdad. Y ahí nació entre ambas una amistad profunda.

Poco a poco, sin embargo, la obra de la santa comenzó a imponerse a los ojos del público como una fuerza moralizadora y de gran significado religioso y social. Algunas jóvenes de la sociedad se unieron a Santa Micaela, surgiendo así, en 1858, la Congregación de las *Adoratrices Esclavas del Santísimo Sacramento y de la Caridad*, para la adoración perpetua del Sacramento del Altar y la regeneración de las mujeres perdidas o con riesgo de perderse.

La vida eucarística de Santa Micaela tiene una dimensión contemplativa. Sabe adorar a Jesús presente en la Eucaristía, sabe que es la fuente de donde dimanar todas las gracias que ella y su Congregación necesitan. Pero también sabe descubrir a Dios presente en las jóvenes a quienes ha sido enviada. Jesús presente en el Sacramento de la Eucaristía era el centro y el amor de su vida. Lo llamaba: *«El Amor de mis amores, mi Amado, el Esposo de mi alma, mi quitapesares, mi consuelo...»*. Recibió innumerables gracias eucarísticas y muchos dones místicos. Jesús le manifestaba constantemente su ayuda, protegiéndola en los peligros y concediéndole los recursos que necesitaba para sus hijas.

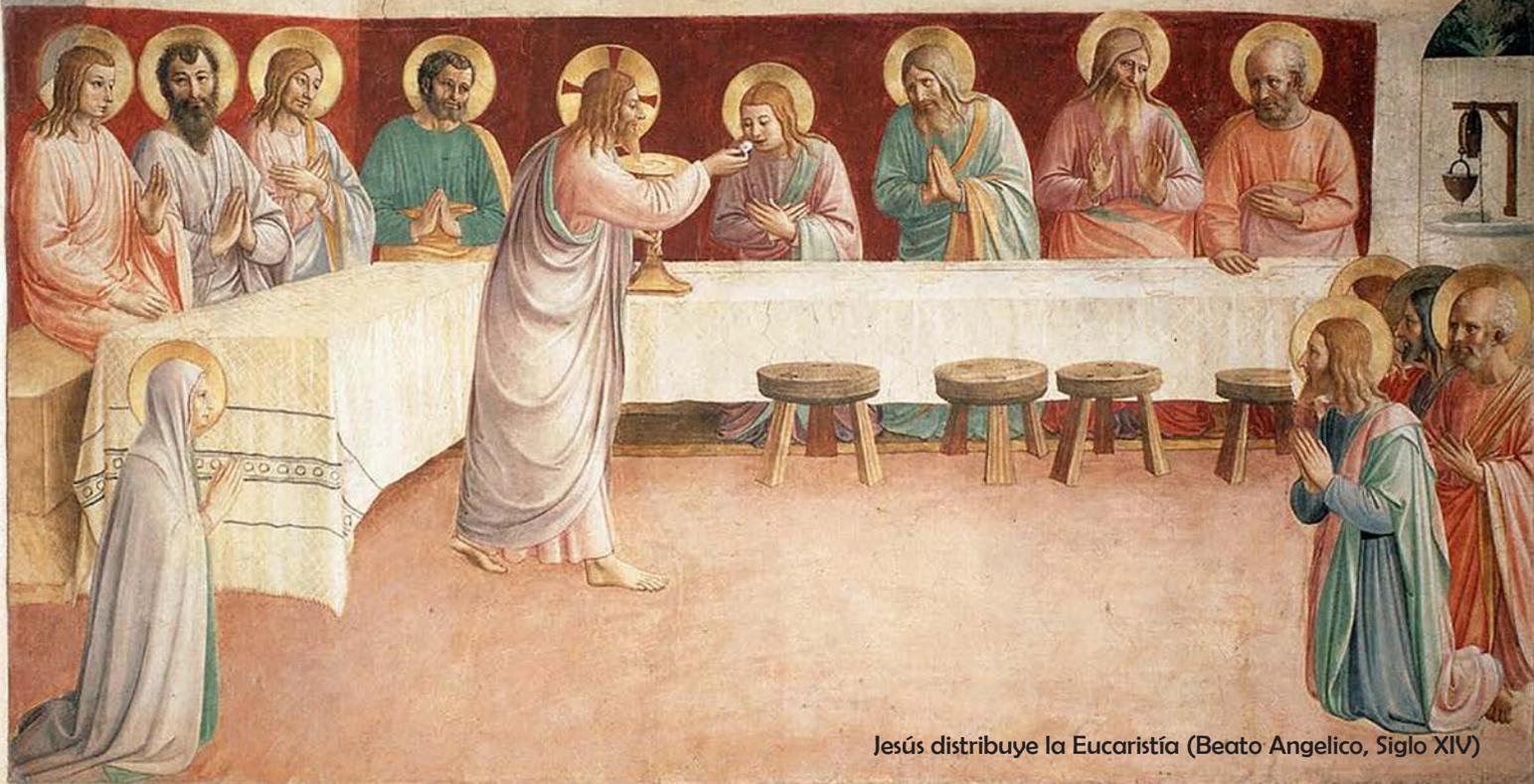
En el verano de 1865, llegó a la casa madre de Madrid la noticia de que varias monjas de la casa de Valencia habían sido atacadas por el cólera. Santa



Micaela decidió partir a Valencia para ayudar a sus hijas en el servicio de los enfermos. Las hermanas intentaron disuadirla y alegaron que estaba en juego el futuro de su obra. Santa Micaela les respondió así: *“Es inútil; los que hacemos las cosas de Dios, no tenemos miedo a la muerte”*. Y partió hacia el campo de batalla. Algunos días después de llegar a Valencia, sintió los primeros síntomas de la peste y comprendió que su vida llegaba al fin. El día 24 de agosto comentó: *“Voy a padecer un poco, pero a las doce todo habrá pasado”*. Efectivamente, a la medianoche entregó su alma a Dios.

Santa María Micaela, por amor a Jesús y por el bien de las almas dejó su vida de lujos para entregarse a Dios y consumió todos sus bienes para hacer el bien a los necesitados. Toda la fuerza y valentía que necesitó la bebió de la Eucaristía. No en vano, su nombre en religión fue María Micaela del Santísimo Sacramento. A ella le pedimos que nos ayude, cualquiera sea nuestro estado de vida, para adorar a Dios en el Santísimo Sacramento y servirlo en los más necesitados.

«Cuando se cumplió el tiempo,
envió Dios a su Hijo, nacido
de Mujer» (Ga 4,4)



Jesús distribuye la Eucaristía (Beato Angelico, Siglo XIV)

De la devoción a María, Reina del cenáculo

(Meditación de "Obras Eucarísticas"
de San Pedro Julián Eymard)

La devoción a la Santísima e Inmaculada Virgen María es consecuencia rigurosa de la fe en Jesucristo nuestro Salvador.

El culto de María fluye del amor a Jesús, su divino Hijo. Porque ¿cómo adorar a Jesucristo sin honrar a Aquella que nos lo ha dado? ¿Cómo amar a Jesús sin amar a María, divina y cariñosísima madre suya, a la que tanto amó Él mismo?

La devoción a María es, por tanto, deber filial de todo cristiano.

Grande y universal es su culto en la Iglesia. Cada uno de los misterios de su vida cuenta con una familia que la honra. Pero entre estos misterios hay uno que los resume todos, lo mismo en cuanto a sus enseñanzas que en cuanto a su santidad: es la vida de María en el cenáculo, honrando la vida eucarística de Jesús.

María se quedó en la tierra algunos años más después de la ascensión de Jesús. El cenáculo, donde Jesucristo instituyó la divina Eucaristía y donde fijó su primer sagrario, fue su vivienda.

La ocupación habitual de María consistía en adorar a su divino Hijo debajo de los velos eucarísticos, en ensalzarle por este don supremo de su amor, en unirse con Él en su estado de anonadamiento y de sacrificio, en orar por la extensión de su Reino y por los hijos que tanto le costaron en el Calvario.

Por eso los adoradores deben honrar con un culto especial y hacer que todos honren la vida de adoración de María.

Necesitan un modelo y una madre en el ejercicio de su sublime vocación. Pues la Santísima Virgen María es su modelo perfecto. Ella fue en la tierra la primera y más perfecta adoradora de Jesús, y con sus adoraciones le dio más gloria que la que le puedan dar todos los ángeles y santos juntos, por eso Ella es la Madre de los adoradores.

Jesús crucificado les ha cedido los propios derechos y el propio puesto sobre su corazón maternal tan bueno. El oficio de María es educar a los hijos del calvario, formarles según Jesús su Salvador, hacerles dignos de su amor y trocarles en perfectos adoradores de su adorable persona en el santísimo Sacramento del altar.

Estudien, pues, los adoradores la vida de María en el cenáculo, honren y sirvan a Jesús junto a María, y no tardarán en ser verdaderos y perfectos adoradores.

En el cenáculo la Santísima Virgen se ocupa incesantemente en adorar a la Sagrada Eucaristía, vive de la vida eucarística de Jesús, y se consagra a la gloria de Jesús y a su reinado eucarístico.



«Esto es mi Cuerpo» (Mt 26, 26).

La solemnidad del Corpus Christi

¿Qué es el Corpus Christi? Corpus Christi, que en latín significa “Cuerpo de Cristo”, es una fiesta de nuestra Iglesia Católica para recordar, celebrar y venerar la presencia real de Cristo en la Eucaristía.

Esta Solemnidad se celebra sesenta días después del Domingo de Resurrección, el jueves siguiente a la solemnidad de la Santísima Trinidad, después de Pentecostés.

Normalmente esta celebración incluye procesiones de Jesús Sacramentado por las calles y lugares públicos para adorar la presencia real de Nuestro Señor.

Es Jesús quien recorre nuestras calles bendiciendo y demostrando su amor, tan desmedido, que le ha hecho quedarse por nosotros en la Eucaristía.

Esta Solemnidad surgió en la Edad Media, cuando una religiosa, Santa Juliana de Cornillon, comenzó a promover la idea de celebrar una festividad que rindiera homenaje al Cuerpo y la Sangre de Jesucristo presente en la Eucaristía.



La primera celebración de Corpus Christi tuvo lugar en 1246 en la ciudad de Lieja (Bélgica). Años después, en 1263, mientras un sacerdote celebraba la Santa Misa en la iglesia de la localidad de Bolsena, en Italia, ocurrió que, al pronunciar las palabras de consagración, de la Sagrada Hostia comenzó a brotar sangre. Este suceso, conocido entre la comunidad católica como “el milagro de Bolsena”, acabó por afianzar la celebración del Corpus Christi. En el año 1264 el Papa Urbano IV finalmente instituyó la fiesta del Corpus Christi para toda la Iglesia.

El Milagro de Lanciano

Lanciano (que significa “lanza”) es una pequeña ciudad italiana de la costa del Mar Adriático. Aquí se conserva, desde hace más de doce siglos, el primero y más grande de los milagros Eucarísticos.

Un monje de la Orden de San Basilio atravesaba una dura prueba contra la fe: dudaba si realmente estaba Jesús en la Eucaristía. Con dolor veía que celebraba la Santa Misa de modo rutinario, como si fuera un trabajo más, no le encontraba sentido... Además, en esa época había muchas herejías, algunas negaban incluso la presencia real de Nuestro Señor en la Eucaristía, y algunos Obispos profesaban esas doctrinas erróneas. El pobre monje se sentía muy confundido y no encontraba ayuda en la tierra..., por eso clamaba al Cielo para librarse de esas dudas y para que Dios lo mantuviera firme en su vocación. Sabía que Dios auxilia a quien en Él confía y que Él siempre escucha la oración del corazón humilde y afligido.

Una mañana del año 700, mientras celebraba la Santa Misa, fue atacado fuertemente por la duda. Después de haber pronunciado las solemnes palabras de la Consagración, vio cómo la Santa Hostia se convirtió en un círculo de carne y el vino en sangre visible. Estaba ante un fenómeno sobrenatural. ¡Era un milagro! El monje comenzó a temblar y a llorar de gozo y gratitud. No solo sus dudas habían terminado para siempre, sino que en sus manos Dios depositaba la prueba tangible y visible de que en la Eucaristía se contiene el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

Como en aquellos tiempos, el sacerdote celebraba la Santa Misa de espaldas a los fieles, éstos no entendían qué ocurría; solo veían que el sacerdote lloraba sumamente emocionado. En un momento, el monje se giró lentamente hacia ellos y les dijo: “¡Oh, afortunados testigos a quienes el Santísimo Dios, para destruir mi falta de fe, ha querido revelárseles Él mismo en este bendito Sacramento y hacerse visible ante nuestros ojos! Vengan, hermanos, y maravíllense ante nuestro Dios tan cerca de nosotros. Contemplan la Carne y la Sangre de Nuestro amado Cristo”.



Las personas presentes se acercaron lenta, devota y tímidamente al altar a presenciar el milagro, y empezaron a clamar, pidiendo perdón y misericordia. Otras se daban golpes de pecho, confesando sus pecados, declarándose indignas de presenciar tal mi-

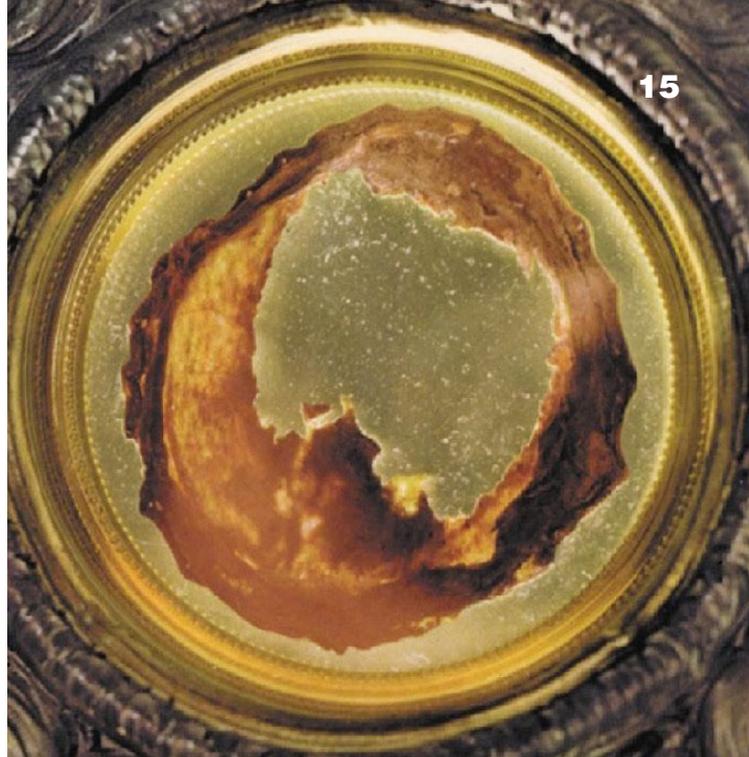
lagro. Otras, se arrodillaban en señal de adoración, respeto y gratitud por el don que el Señor les había concedido. Y poco a poco, la historia del milagro se fue conociendo por todo el pueblo y alrededores.

El trocito de Carne se mantuvo intacta, pero la Sangre se dividió en el cáliz, en cinco partículas de diferentes tamaños y formas irregulares. Los monjes decidieron pesar las partículas y descubrieron un hecho particular: aunque eran de distinto tamaño cada una pesaba lo mismo.

El Milagro de Lanciano es un continuo milagro. La Carne y la Sangre, actualmente visibles, no solo son la Carne y la Sangre de Jesús como en toda Hostia consagrada, sino que mantiene hasta la actualidad los accidentes propios de carne y sangre humana. La Carne, desde 1713, se conserva –sin el uso de ningún preservativo– en un artístico Ostensorio de plata finamente cincelado. La Sangre está contenida en una rica y antigua ampolla de cristal de Roca. El tamaño de la Hostia es como las hostias que el sacerdote eleva en las Misas. Es ligeramente parda y adquiere un tinte rosáceo si se ilumina por el lado posterior. La Sangre coagulada tiene un color terroso que tiende al amarillo ocre.

Científicamente se ha demostrado que la Hostia, milagrosamente convertida en Carne, está compuesta del tejido muscular del corazón humano (miocardio). Nuestro Señor muestra así su Corazón Eucarístico, traspasado por los pecados de la humanidad. Corazón que se deja traspasar por amor. Corazón humano y divino, que sufre y ama.

De tan diversas maneras, Jesús nos tiene que recordar que está vivo, que su Corazón arde de amor por los hombres, que su Corazón es de carne, con sentimientos, deseos, ansias por salvarnos y que todavía sufre por tantos desprecios, blasfemias e indiferencias de nosotros pecadores. El milagro Eucarístico de Lanciano nos llama a la reparación, a ser almas de oración constante, en reparación por tantos pecados, por los nuestros y por los del mundo entero. También es una llamada a la conversión. ¡Tantas veces nuestra fe tambalea! Y Jesús en Lanciano nos muestra y demuestra que Él está presente, realmente presente, en Cuerpo y Sangre. El sacerdote, al contemplar el Corazón Eucarístico de Jesús y su Sangre, recibió la gracia de la conversión. Ojalá también ocurra eso hoy en el corazón de muchos católicos de fe débil y enfermiza.





“La Eucaristía y la Virgen son las dos columnas que han de sostener nuestras vidas”. (San Juan Bosco)



[www. reinadodemaria.org](http://www.reinadodemaria.org)

Síguenos en:

 NSEradio  www.nseradio.com  www.nsetv.com



nstvradio
ejercito blanco

@nseradio
@nsetv

nseradio
nsetv